

Próximos estrenos del TEATRO DEL ANGEL

Alejandro Sieveking

El año 1979 fue, para el Teatro del Angel, bastante complejo. Por un lado el extraordinario éxito de "La Nona" y, por el otro, el fracaso de "Las hermanas de Búfalo Bill". El programa de obras cortas, "Un, dos, tres", tuvo una buena acogida, a pesar de su pobre montaje. Bueno, no se puede hacer un montaje rico cuando no se tiene plata.

En 1980, gracias a la ayuda de la Embajada de España y de la Embajada de Italia, podremos realizar el montaje de "La Celestina" de Fernando de Rojas y de "Seis personajes en busca de autor" de Luigi Pirandello, aún cuando es muy probable que el estreno de ésta última se postergue para marzo de 1981, de manera de hacerla llegar a los estudiantes de secundaria y universitarios, en cuyo caso 1980 terminaría con un nuevo café-teatro.

Pero, ¿por qué, otra vez, "La Celestina"? En 1974, al llegar a Costa Rica, trajimos "La Celestina en cámara", adaptación de la obra para cinco actores que tuvo una extraordinaria acogida de parte de público y estudiantes, lo que, en gran medida, determinó nuestra permanencia en San José. Nos quedamos, sin embargo, con la sensación de que le debíamos al público la versión completa de José Ricardo Morales, con sus diez personajes que es de una gran rigurosidad y respeto al original. Y no ha sido hasta ahora que el montaje de esta obra maestra ha sido posible y esto sólo gracias a la colaboración de la Embajada de España y a la feliz circunstancia del encuentro de un excelente equipo de actrices y actores.

Oigamos lo que dice el autor de la adaptación sobre la obra:

Al filo divisorio de los siglos XV y XVI, en 1499, ve su luz primera en Burgos la "Comedia de Calisto y Melibea", llamada Tragicomedia desde las ediciones de 1502, y conocida por último a partir de la edición italiana de 1519, con el título definitivo cuanto definitivo de "La Celestina". En su edición primera la obra se compone de dieciséis actos, pero desde las aparecidas en 1502 —Salamanca, Sevilla, Toledo— se amplía hasta llegar a los veintiún actos de que ahora consta.

Como autor de "La Celestina" muchos dan por descontado que lo fuera Fernando de Rojas, tanto por un documento de 1525, en que se nombra "al bachiller Rojas, que compuso a Melibea", como por el acróstico que figura en la edición de 1501. Si fue autor de la obra entera eso ya es otro cantar, pues los actos añadidos disminuyen la tensión de la trama, en ellos pierde el diálogo algo de vivacidad e incurre en repeticiones de ciertos giros y frases que figuran en los actos primitivos, cual si un autor diferente pretendiera remedar el estilo de ediciones anteriores.

La obra nos muestra en su forma la tendencia española a la unificación de géneros distintos. Con "La Celestina" surge en nuestra lengua el tipo de novela dialogada, que, aparte las limitaciones directas, halla su continuación en "La Dorotea" de Lope y llega hasta nuestro tiempo en varios libros de Valle-Inclán. Y al igual que el drama y la narración se confunden en la obra, para ocasionar un género mixto, dos mundos, el medieval y el renacentista, confluyen y se entrelazan en ella, enriqueciéndola con sus contrastes. Un señalado medievalismo se manifiesta en la continuidad lineal de la acción y en las descripciones acumulativas, análogas, por su acuciosidad, a la pintura y a las crónicas de la época. Pero, junto a estas características, el hedonismo y la sensualidad del Renacimiento, se anuncian abiertamente por medio de continuas alusiones a sonidos, alimentos, colores, formas, aromas, fiestas y goces de toda índole que hacen amable el vivir sobre la tierra. Y bien lo expresan, con venturosa desenvoltura, los despiertos personajes, seres llenos de pujanza, caracteres que no son meros esquemas sin alma sino auténticos retratos hechos con un arte nuevo. Celestina, por su vigor y complejidad, destaca entre todos ellos. Aviesa, lúcida, llena de perspicacia, da a cada uno lo

que le pide, para obtener de todos cuanto desea. El disimulo, la astucia, la buena labia y aun el arrojito le abren todas las puertas, derriban las opuestas voluntades y le repletan la bolsa. Tantos recursos y aspectos tiene, que muy pocos personajes se le pueden comparar por la extensión de su registro y en la riqueza de sus matices; a tal extremo es viva y verdadera que ha venido a convertirse, como carácter, en la expresión de un tipo humano genérico, y por su nombre, en un apelativo consagrado y universal.

Celestina actúa como resorte motor de la acción. En torno de ella se mueve el grupo de los sirvientes, de los rufianes, de "las mujeres enamoradas", y más lejano, aunque también sujeto a su dictado, el de los amantes. Sempronio, criado ambicioso, y Pármeno, sumiso y tímido, son dominados por Celestina, mediante la codicia y la lujuria. Calisto y Melibea, los precursores de Romeo y Julieta, logran gozar su deseo gracias al arte y oficio de la vieja mediadora. Pero estas cinco figuras con absoluta lógica dramática, perecen una tras otra, víctimas de sus defectos y apetitos, vencidas por un destino que nunca se manifiesta cual una fuerza exterior a los tipos de la obra, sino, más bien, como fatal consecuencia de los recios caracteres puestos en oposición. El realismo descarnado se alterna en "La Celestina" con destellos del más subido idealismo, creándose, de ese modo, un mundo diverso y rico, pero tan crudo en ciertos pasajes que Menéndez y Pelayo se preguntaba si el público lo resistiría en escena. Nuestro tiempo dio respuesta afirmativa a la cuestión. El favor y fervor que disfrutó la siguiente adaptación dramática, en mucho se deben a la acendrada labor de Margarita Xirgu, intérprete del difícil personaje y directora a la vez de la pieza en 1949. En la versión que aquí damos se mantiene con rigor el espíritu del teatro al suplir voces y giros arcaicos por expresiones modernas y equivalentes; la acción se intensificó, suprimiéndose las extensas digresiones que en la novela aparecen, librándola de retórica y reduciéndola, en fabulosa poda de verdura y hermosura, a un total de cuatro actos. Este cercenamiento de tan exuberante material verbal nos hizo recomponer gran parte de las escenas, estableciéndose las situaciones y el diálogo mediante la selección de aquellos fragmentos del original que consideramos válidos para el drama, con frecuencia extraordinariamente distantes unos de otros en la obra primitiva. El libro, la letra muerta,

se convirtió en viva voz por milagro del teatro. Los personajes del texto cobraron gesto y aliento. Un nuevo soplo, el del habla, les anima. "La Celestina" tiene la palabra.

Es necesario aclarar que cuando José Ricardo Morales habla de cuatro actos, no quiere decir que haya eliminado diecisiete actos, sino que los veintiún actos del original, reducidos, conforman una nueva unidad formada por cuatro jornadas que, en esta versión, se verán en una Primera Parte y una Segunda Parte.

No es novedad si digo que esta será la adaptación de una adaptación. La nueva primera escena reúne material de Fernando Rojas, del folklore español y mío. Se han reintegrado parlamentos que José Ricardo Morales eliminó y se han eliminado parlamentos que Morales respetó. "La Celestina" es un universo en el que cada cual encuentra su mundo particular, pero nuestro trabajo consiste en mostrar su gigantesca variedad y riqueza para que el espectador pueda conocerla en toda su profundidad.

